

CESAR FRANCK

La misión educadora que el Centro Musical se ha propuesto realizar, le ha inducido a iniciar a sus miembros en el conocimiento de aquellos genios del arte, que no son ya nuevos, propiamente, fuera de nosotros; pero que, por motivos explicables, recién nos alcanza el eco de sus producciones.

El gran músico a cuyas obras está consagrada la audición de esta noche, no es, sin duda, familiar, y es por eso que antes de entrar a diseñar, con toda brevedad, como corresponde, la figura y la obra de César Franck, quiero formular una advertencia por si alguna explicable decepción pudiera ocasionarse en esta noche.

Los medios de expresión de la belleza son múltiples y variados en el dominio de cada una de las bellas artes; son, algo así, como los idiomas en la expresión de la idea. Los grandes genios deben, por lo común, sus más preciadas dotes, a la exigencia innovadora de su temperamento; a esa compenetración armónica, instintiva, de fondo y forma, es decir, de los sentimientos universalmente humanos de todos los tiempos, expresados, de modo

NOTA DEL AUTOR. — El presente trabajo fué leído en una audición del Centro Musical, consagrada a las obras de César Franck, razón por la cual aparece desarrollado según el plan impuesto por esas circunstancias. La segunda parte contiene, propiamente, el estudio de la obra del gran artista. Me decide a publicarlo en la Revista de la Universidad, el deseo de hacer conocer entre nosotros una personalidad del arte, de la que tanto se ha ocupado la crítica universal de los últimos tiempos.

tal, que la intensidad de la emoción no cambia, ni es diversa, en su naturaleza; sino que se rejuvenece y es enriquecida la variedad de la expresión estética.

Para sentir, pues, las excelencias de estos nuevos idiomas, es necesario ante todo conocerlos, habituarse a ellos como se va percibiendo el sentido y la significación de una lengua a fuerza de oírla hablar. La más preciada joya de cualquier literatura extranjera, nos dejaría indiferentes, al escucharla en otro idioma que el propio nuestro, si no le poseyéramos. De igual manera, un soneto de Verlaine, una tela de Zuloaga o una composición cualquiera de Franck, abstracción hecha del mérito real y de la tendencia de estos artistas, no conseguirían despertar otra impresión en nosotros, que la de simple extraneza y aridez, si no hubiéramos penetrado nunca su ambiente, para descubrir a través de la forma, el espíritu y alma de la composición.

Había nacido César Franck en Lieja, el 10 de Diciembre de 1822. Por sus antecesores pertenecía a una familia que registró su nombre en los anales de las bellas artes. Con tan buenos comienzos se iniciaba el joven Franck, que a los once años emprendía una serie de conciertos, y a los doce había terminado sus estudios en la escuela de música de su ciudad natal, trasladándose de allí a París, donde ingresó en el gran conservatorio de esta ciudad, para proseguir el perfeccionamiento de sus estudios. Las dotes ingénitas del joven músico tan hondamente arraigadas en una naturaleza predispuesta para la innovación trascendental, pronunciábanse hasta el punto de sorprender a los representantes de aquel ambiente conservador y estacionario, que envolvía densamente al conservatorio de París; comenzando a pronunciarse, en germen, esa sórdida oposición de que fué víctima en vida el gran músico de "Las Beatitudes", hasta que vino a confundirla, después de la desaparición del artista, la singular grandeza de su genio y la indiscutible belleza de sus obras.

Terminados los años del conservatorio, en donde obtuvo las más altas recompensas, no esperaban a César Franck los triunfos

que coronan muchas veces los esfuerzos de artistas inferiores. Por una aberración frecuente en la vida de los grandes artistas, la conciencia vanidosa de su propio genio, ese defecto humano tan frecuente, es el estímulo más poderoso en la conquista de la fama. Franck no conocía la ostentación ni ese desesperado afán de la notoriedad; bondadoso hasta la ingenuidad y sencillo hasta volverse humilde, consagró su vida, desde su egreso del conservatorio, a la labor oscura pero nobilísima del profesorado y a la composición silenciosa y meditativa, con ese empeño del hombre, cuyas facultades acrecentadas para un destino, parecieran haber debilitado los estímulos de toda otra actividad y sus atractivos habituales. A los diez y seis años compone el primer trio que es una revelación para la música contemporánea, y Berlioz mismo le presenta al público, exaltando sus bellas cualidades de pianista y de músico. Síguense a esta otras composiciones, a las que la crítica francesa más numerosa y mal informada, no aprecia en su alto valor y hasta las indica como malas imitaciones de obras hoy olvidadas ya. Por esta fecha contrae nupcias con una joven artista, Mlle Desmousseauz, en plena revolución del 48, teniendo que atravesar el cortejo una barricada construida en la vía pública.

Se suceden los años sin hechos notables para la vida del músico, quien prosigue en la tarea ruda de la lucha por la existencia, recorriendo las calles de París, para dar lecciones a domicilio, y en las horas que le deja libres esta faena diaria, conságrase al trabajo, que le ocasiona su principal recreo. Así se va formando el futuro continuador de Beethoven, como lo sostienen algunos de sus admiradores ilustres, o el gran artista y puro músico, como lo proclama hoy el juicio unánime de la crítica universal, hasta alcanzar en su progresiva marcha, uno de los puestos más altos del arte.

Designado organista de la iglesia de Saint Jacques y posteriormente maestro de capilla de Santa Clotilde, en donde perma-

nece hasta el fin de su vida, frente al gran órgano de Cavallé 'bol, experimenta dos de sus más vivas alegrías.

En este recinto de paz transcurren para Franck treinta años de existencia, y delante de ese órgano, su prodigioso genio de improvisador y su dulce e incontaminada alma de artista, fundíanse cada domingo, para elevar en el más sutil lenguaje del sentimiento, esas sublimes plegarias, famosas, según la tradición que las recuerda, y que para cumplimiento de la verdadera misión del arte sabían levantar los espíritus y fortalecer los corazones.

Nombrado profesor del conservatorio, pronuncióse, con este motivo, más duramente la rivalidad contra el inofensivo artista, pero como dice Arthur Coquard, "no se debe deducir que él sufriera al verse menospreciado. Franck era por el carácter un hombre de otra edad. Pensaba que el hombre vale más por el corazón que por el espíritu, y aún que por el genio. Por eso fué bueno antes de ser grande".

Pero estos reveses y estas injusticias, no detenían, sin embargo, en el gran compositor, ni su asidua labor en el trabajo, ni el vuelo de su rica y poderosa fantasía. La ancianidad se aproximaba, ya, a las puertas de su vida, y si la fama de sus altos méritos no había trascendido más allá del selectísimo grupo de sus discípulos y de los distinguidos artistas franceses que con él formaron aquella memorable Sociedad Nacional, tan importante para el destino futuro de la música francesa, esa ancianidad daba a su genio el mayor y más vasto contingente de obras maestras, de la que cada una tiene un importante significado en la historia del arte. A esa última época pertenecen la sonata de violín, el cuarteto de cuerdas, la sinfonía en re, el preludio coral y fuga, los corales para órgano y finalmente el admirable poema místico "Las Beatitudes" que es el coronamiento de su obra.

La indisculpable indiferencia pública persiguió al artista hasta la tumba: "Ninguna delegación oficial, dice Vicent D'Indy, acompañó el cuerpo de Franck a su última morada; solo los nu-

merosos alumnos del maestro formaron una corona de respetuosa admiración alrededor del féretro”.

Tres años después de su muerte, “Las Beatitudes” que en vida del maestro eran acogidas con una frialdad próxima al fracaso, obtenían uno de los más grandes triunfos de que tenga mención obra alguna. Era el desagravio de la posteridad, que por desgracia no pudo alcanzar en vida la venerable y seráfica figura del ilustre anciano.

Por un hecho poco frecuente en la historia de los grandes artistas Franck asociaba a los altos privilegios de su inteligencia, no menores condiciones de maestro egregio. Si por los primeros poseía esa innata intuición del genio, que se orienta con seguridad por rumbos inexplorados, por las segundas formaba él mismo, con paternal solicitud y con esa proverbial mansedumbre de carácter, los jóvenes talentos que debían perpetuar su escuela, y que han sido con su maestro el factor más poderoso de la evolución del arte francés, tan decaído a mediados del siglo XIX.

Por la solidez de sus composiciones, por su espíritu netamente clásico, por el alto valor de sus ideas, al par que por el sello original y propio, que lo distancia de toda otra influencia inmediata, César Franck continúa la tradición de dos de las más grandes figuras de la música: Bach y Beethoven.

Dos cualidades sobresalientes contribuyen, sobre todo, a cimentar su personalidad, a saber: su originalidad armónica y el plan arquitectural de la composición. Es prodigiosa la primera. No es ella, en Franck, el resultado simple de esa habilidad técnica, de ese esfuerzo tendiente al empleo de los rebuscados efectos, que ha dado a la música moderna tantos compositores de brillo transitorio; es el fruto de una predisposición genial, ligada a la más alta conciencia artística. Esa modulación que el espíritu no presiente y que aparece inesperada, pero oportunísimamente en la frase, para sorprender la sensibilidad, es uno de los más altos méritos y uno de los mayores encantos de la música fran-

ckista. Todo es vivo y espontáneo en las tradiciones de la tonalidad; toda esa modulación nace de una sinceridad de espíritu, que es condición esencial del artista y que abundó en el temperamento de César Franck. Por eso conquistan las concepciones de su genio, porque nadie más que el innovador, necesita de una lógica formal, que incline a las nuevas tendencias el criterio siempre prevenido. Por eso, nunca he creído en el duradero éxito de los brutales efectos de una Salomé, ni en las incongruentes y primorosas composiciones de muchos autores de actualidad; el mercantilismo y la gloria efímera son los principales propulsores de este arte de decadencia.

El plan de la obra es el otro antecedente que he citado. D'Indy, en su notable obra sobre Franck, hace resaltar, con claras ideas, la innovación que éste introduce en el plan de las formas clásicas de la música, por excelencia, la sonata y la sinfonía; dando desarrollo pleno a la idea que Beethoven esbozó ya, claramente, en sus últimas composiciones y que sus sucesores, con excepción de Brahms, no supieron desarrollar posteriormente. Franck lo consigue introduciendo en el plan sinfónico la fuga y la gran variación, sin tener aquí estos términos el concepto estrictamente escolástico, y creando, al mismo tiempo, le *célula rítmica*, que no es otra cosa que el *leit-motiv* wagneriano, transportado a la música sinfónica; con todo lo cual, la idea musical, base para Franck y su escuela de todo el valor de la composición, se afianza y vigoriza. La forma, lejos, por tanto, de ser un fin, viene a modificarse, según la naturaleza de la idea.

Pero me resisto a insistir en el desarrollo de tales conceptos. Es, pues, la oportunidad de exponer sucintamente, abandonando tecnicismos, en qué consiste esa soberana belleza de las obras de Franck, que conmueve tan hondamente los espíritus ilustrados en los rasgos de su estilo.

No tiene la producción del músico de que me ocupo, esa nota pintoresca, descriptiva, aún, que adoptada en su justo medio y dentro de los límites que puedo hacerlo el arte de los so-

nidos, ha dado ya a la música más de una obra famosa. Franck es en ella el más grande poeta lírico de las efusiones místicas. “El ambiente en que se cierne César Franck, dice un filósofo, se ilumina con una luz más viva, se anima con un hálito, que es, en realidad, la vida. Su música bien equilibrada entre las groserías materialistas y las alucinaciones de un equívoco misticismo, toma al hombre con sus dolores y sus goces positivos, para elevarlo sin vértigo hacia la paz y la serenidad, revelándoles por ellas, la idea de la divinidad”.

Una exaltación constante del sentimiento hacia las más altas esferas, la aspiración al reposo de las facultades de todo nuestro ser por la serena posesión de una paz ultraterrena, constituyen el rasgo distintivo de esta música, que en nuestro siglo es un bálsamo contra los conflictos y las agitaciones frecuentes de nuestra existencia.

Franck es, como se ha dicho, una alma semejante a la del Angélico; tiene, para referirme a uno de los poetas de nuestra lengua, los arrobamientos místicos de un San Juan de la Cruz, claramente pronunciados en el músico por ese giro personal de su estilo y esa acabada posesión de sus recursos artísticos.

Ningún compositor ha sabido elevarse más alto, en la efusión del fervor místico, en la delectación de la serena belleza, a donde arriba, más que por el fruto de una convicción, por ese sentimiento innato, por esa bondad incontaminada, que preservó a su alma de niño de toda baja pasión y de todo innoble sentimiento. Por esto, sólo él llega a tan alta cima, cuando interpreta las sencillas y sublimes verdades del evangelio. Beethoven si más profundo, es menos espontáneo; Bach si tan creyente es menos consolador. No me resisto a transcribir aquí el fragmento de un hermoso paralelo entre la lengua religiosa de Bach y César Franck, hecho por un poeta y crítico francés, Mr. Camille Mauclair. Después de describir el poeta el sentimiento de extasiado temor, que le causaban en el recogimiento del templo las notas tumultuosas de un preludio de Juan Sebastián Bach, agrega: “Entonces

me pareció que un rayo de sol creaba un arco iris en la nave. Pero esto ocurría solamente en mi alma: los corales de Franck preludiaban. Este, al contrario, atrae y transporta por el magnetismo del perdón radiante. Bach es siempre un "Dies israe", causa miedo, pero he aquí una melancolía tan humana, una nostalgia de las estepas del cielo, una indulgencia solícita, una suavidad, el timbre mismo de la voz de Jesús en el suelo de Betania. Y las aplastantes sonoridades de los blocs armónicos que rodaban de lo alto del órgano, y con las cuales rodaban nuestras almas, esa avalancha monstruosa, no existe más.

"Un canto claro, exalta la glorificación de la criatura perdonada. Todo se eleva. Bach nos arroja del portal celeste como los condenados de Miguel Angel y nos prosterna como indignos sobre la tierra; Franck nos lleva al arrobamiento. Su música nace del suelo humano como un lirio que va a abrirse en el éter, y sube, sube, sonrisa inmensa, extasiada, indefinida. Toda esta plegaria de esperanza en un Dios, que ama demasiado para castigar, es el llamado adorable de los que fueron creados al que los creó".

Pero esta sentida plegaria no es siempre la nota del artista. Del fondo de su alma suele a menudo exalar la pasión doliente, algo Bethoviana, que revela un sentimiento oculto y que se extingue en un transporte de resignada tranquilidad. Es cierto que el vuelo angélico de su inspiración, es la nota más frecuente en sus composiciones; pero ¿cómo desconocer esa queja dolorosa y sufrida, que ha dado al arte tan bellas concepciones, y que se presenta con frecuencia en la inspiración de Franck? Ya lo observa Romain Rolland, cuando dice: ¿quién no ha sentido el drama secreto encerrado, con frecuencia, en tales frases musicales, esas entrecortadas frases, tan características de Franck, que se elevan en una aspiración suplicante hacia Dios, y que descienden, casi siempre, doloridas, resignadas, todas bañadas de lágrimas! Todo no es luz en esta alma". Sin resolver totalmente tan difícil cuestión, que se refiere al fuero interno del artista, no atribuyamos

a su melancolía un principio de escepticismo como parecen expresar los términos de Romain Rolland. La convicción era profunda en el autor de las Beatitudes, y ¿por qué no habían de expresar las lágrimas el fervor de la creencia como puede también hacerlo la serena sonrisa?

Creo que la cuestión es distinta. Las circunstancias ordinarias de las cosas afectan de diverso modo nuestra sensibilidad, que es totalmente diversa en todos los espíritus y, especialmente, en la imaginación del artista; de modo que en este, la melancolía u otro sentimiento análogo o diverso, puede constituir un habitual medio de expresión, el reflejo subjetivo del mundo, sin que una causa extraordinaria haya afectado nunca su estado psicológico. Suponer otra cosa importaría desconocer los rasgos más ennoblecedores de la personalidad de César Franck, que tan vivamente lo caracterizaron en el transcurso de su vida.

Tal es, en resumen, la figura de este gran artista, que, aunque belga, lo discute para sí la Francia, como el creador de un arte francés, que sólo podría llamarse tal, como profundamente lo observa Ernest Closson, por esa compenetración de la claridad, el sentido y el gusto de las realidades concretas, con el misticismo germánico, base substancial de su inspiración, y cuyos frecuentes contrastes se funden en Franck para crear su bello estilo. La cuestión no tiene mayor importancia para nosotros. Los más preclaros representantes del genio y de la inteligencia, tienen el privilegio de universalizar la expresión, rompiendo con las demarcaciones geográficas y con las barreras del tiempo y del espacio. César Franck es uno de ellos, y como tal, como el intérprete de los más puros afectos, como el modelo insuperable del artista y, finalmente, como el músico que ha sabido hallar nuevas y preciosas fuentes de belleza para el arte, tiene todos los méritos y todo el derecho a una gloria universal y perdurable.

RAFAEL MOYANO LOPEZ.
